

LEOPOLDO ALAS CLARÍN Y LA IGLESIA CATÓLICA DE SU TIEMPO

Yvan Lissorgues
Université de Toulouse-Jean Jaurès

Resumen:

Sin lugar a dudas, Leopoldo Alas es el autor del *gran realismo* del siglo XIX que anda más preocupado por la situación de la Iglesia católica de su tiempo. Sea por la ironía en su obra de creación, *La Regenta*, *Su único hijo* y algunos de sus cuentos, sea por enfrentamiento directo en sus artículos periodísticos sigue denunciando con más o menos acritud durante toda su vida las costumbres clericales, los dogmas sin sentido, el rito vacío de toda espiritualidad, pero es a partir de un agudo sentido de lo que debe ser una auténtica religiosidad.

Palabras clave: Gran realismo. Leopoldo Alas. Espiritualidad. Artículos periodísticos.

Abstract:

Leopoldo Alas has undoubtedly been one of the authors of the *Gran Realismo* of the nineteenth-century most concerned about the situation of the Spanish Catholic Church. In the fictional world of *La Regenta*, *Su único hijo* and some of his short stories he sharply criticized through irony and throughout his life the clergy institutional role, the shallowness of catholic dogma. In his press articles he crudely spelled out the institutionalized confessional practices. Alas fully believed in the authenticity of religious belief, moral rectitude and spirituality.

Key words: Gran realismo, Leopoldo Alas. Spirituality. Press articles.

Sin lugar a dudas, Leopoldo Alas es el autor del *gran realismo* del siglo XIX que anda más preocupado por la situación de la Iglesia de su tiempo. Sea por la ironía en su obra de creación, *La Regenta*, *Su único hijo* y algunos de sus cuentos, sea por enfrentamiento directo en sus artículos periodísticos, sigue denunciando con más o menos acritud durante toda su vida las costumbres clericales, los dogmas sin sentido, el rito vacío de toda espiritualidad, pero es a partir de un agudo sentido de lo que debe ser una auténtica religiosidad.

Esta pertinaz denuncia de la institución católica le granjeó el odio no menos pertinaz de los ultracatólicos y de los ultraconservadores, no solo de *Vetusta* sino de toda España. Odio tan pertinaz y tan arraigado que se prolongó unos setenta años más allá de su muerte, hundiendo toda su obra en un olvido casi total. Peor, a principios de la guerra civil, ese odio cristalizado recayó sobre su hijo, el digno y honrado rector de la Universidad de Oviedo Leopoldo García Alas, condenado a muerte de antemano en una parodia de proceso. «Ase-sinar al hijo para matar al padre» (Labra: 2021).

Leopoldo Alas Clarín frente a la Iglesia de su tiempo es una faceta de su obra ya muy estudiada y remito a la amplia bibliografía reunida al respecto al final de estas líneas. Como se entiende que en un trabajo colectivo sobre *Literatura y catolicismo* es imprescindible la presencia de Clarín, me propongo remozar y completar un análisis de esta cuestión llevado a cabo por los años ochenta que, me parece, pone en claro la posición crítica de nuestro autor frente a la Iglesia española a partir de una autenticidad religiosa profundamente sentida y constantemente afirmada. Así pues, la base del presente estudio es un artículo publicado en junio de 1984 en *Insula* (nº 451) bajo el título «La autenticidad religiosa de Leopoldo Alas».

Para aligerar el texto y facilitar las averiguaciones, las referencias de las citas de artículos remiten a los seis tomos de *Artículos completos* (V, VI, VII, VIII, IX, X), y a los dos de *Crítica* (tomo IV, 1 y 2) de las *Obras completas* (Editorial Nobel), a las novelas *La Regenta*, en la edición de Gonzalo Sobejano (Castalia: 1981) y *Su*

único hijo en la edición de Carolyn Richmond (Selecciones Austral, Espasa Calpe: 1979).

*

«Una campana, muy lejos, comenzó a tocar la oración de la tarde, Bonis, a pesar de su dudosa ortodoxia, se quitó el sombrero» (Clarín: 1979: 310).

«... En *La Traviata*, bien o mal, había amor y dolor, amor y muerte; es decir toda la religión y toda la vida» (Clarín: 1979: 319).

«Fortunato era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios» (Clarín: 1981 T. I: 442).

Estas tres frases que, en el conjunto de *La Regenta* y de *Su único hijo*, pueden pasar inadvertidas, son en realidad un reflejo de la sensibilidad y del pensamiento religioso de Leopoldo Alas.

Quitarse el sombrero cuando toca el ángelus puede ser un ademán mecánico, sin más significación que la de cumplir con un rito consuetudinario. Pero quitarse el sombrero, en la soledad del campo, para quien siente el toque de ánimas como mediación con lo divino, es humillarse ante el misterio. Por otra parte, percibir el carácter hondamente espiritual de una obra tan profana como *La Traviata*, o amar (como es el caso de Monseñor Camoirán, obispo de Vetusta) la obra de Dios que son los pájaros y admirarla incluso cuando van volando en el Templo del Señor, son muestras de una autenticidad religiosa enteramente libre de la cuadrícula de los dogmas y de los moldes petrificados de la costumbre.

Efectivamente, para Leopoldo Alas, la religión fue siempre otra cosa que un conjunto de dogmas, de ritos, muy otra cosa que una institución. Frente a la Iglesia de su tiempo mantuvo siempre una posición fuertemente crítica, y no solo durante los años de lucha militante por el libre examen del periodo madrileño (1875-1882), no solo durante la época naturalista en que nace *La Regenta*, sino también después de los años noventa, cuando su vida interior se orienta cada vez más hacia la búsqueda de valores espirituales. A sus ojos, el catolicismo español es responsable de la falta de sentimiento religioso auténtico, porque no hace más que perpetuar un rito meramente exterior y a veces, ridículo. «Yo no tengo por pecado -escribe

el fogoso periodista democrático de 1876- burlarme de un Dios que se pone hueco con las alabanzas de un subdiácono *malgré lui* (...). Lo esencial es creer en Dios y amarle sobre todas las cosas, lo del rito es accidental (V: 2002-2006: 382-386). En 1899, ya con más amargura y sin pizca de ironía, sigue denunciando «ese catolicismo español estrecho, materialista, formal y ordenancista (que) es un espíritu positivista y en el peor sentido de la palabra» (X: 2002-2006: 535).

A pesar de lo que se pudo decir, Clarín denunció siempre la institución católica española y no vaciló nunca en atacar directamente en la prensa a varios ministros de la Iglesia, fuesen obispos o arzobispos, cuando le parecía que se portaban más como políticos que como santos pastores.

Un aspecto muy importante de *La Regenta* es la pintura *por de dentro* de la «organización clerical» de Vetusta y del mezquino «espíritu covachuelista» que anima a casi todos «los santos varones del cuerpo». En 1899, nuestro autor proclama con fuerza: «Hay que combatir esa seudo-religiosidad de los fanáticos e hipócritas, que pretenden acaparar la fe y el espiritualismo deísta (*ibid*). Esa Iglesia que quiere seguir imponiendo su dominación en todos los sectores de la vida española (la política, la enseñanza, la prensa...), que invoca al «Dios de los ejércitos», que pretende avasallar los espíritus y los corazones por imposición de una moral vacía y de pura fachada ha olvidado «la vida, la sangre, la substancia» de la verdadera religión. No es más que «la cáscara vacía de una gran institución histórica» (X: 2002-2006: 535), no es más que una abstracción, es decir, según Clarín, algo que no vive, y que no permite la vida del alma. Por mejor decir, es una ideología cristalizada que solo funciona para mantener privilegios, «privilegios políticos y hasta económicos» (IX: 2002-2006: 365). A esa religión no le importa más que el culto; «la política no la mantiene sino para eso (IV: 2003: 907). «Idolatría», «paganismo», tales son los calificativos que a menudo emplea Clarín para caracterizar esa oficinesca «religión de papel timbrado», ese «catolicismo de librea y de Congresos» (VIII: 2002-2006: 617).

Con particular vehemencia y, cuando viene al caso con agria ironía denuncia los desenfrenos a que dan lugar las celebraciones populares de fiestas religiosas más sagradas organizadas por una Iglesia que no vacila en «paganizar» las almas. Nochebuena en Madrid, 1879: «Qué tiene que ver el nacimiento de Jesús con este estrépito infernal que

el honrado pueblo de Madrid mueve con furor pímpreo por calles, plazas, cafés y tabernas» (VI: 2002-2006: 354). Él, Clarín, se pone a soñar con el nacimiento de Jesús: «Todo era silencio (...). Se celebraba un misterio inefable (...). San José no decía nada, la mula y el buey se miraban, orgullosos de su huésped. Jesús nació como el hijo del hombre». Y el fogoso periodista explica: «El ruido vino después, cuando filósofos, teólogos, historiadores quisieron discutir lo indiscutible, hubo alborotos en los Concilios (...) y el estrépito de las batallas en los campos se cubrieron de sangre. La infernal gritería no ha cesado» (VI: 2002-2006: 354-355). Al año siguiente, ante el mismo espectáculo, la ironía pone de realce la gravedad de la reflexión:

Si resucitara un cristiano de los siglos de nuestra era, uno de aquellos cristianos que tomaban en serio el cristianismo y lo pagaban con el pellejo ¡qué diría al vernos pasear tan compungidos por la Carrera de San Jerónimo! Créalo San Juan, si me oye, (...) para ser cristiano como nuestras damas y caballeros (...) no vale la pena de serlo y como Jesucristo no haya venido al mundo por otra cosa, lo que es para esa gente bastaba y sobraba con Júpiter tonante (VI: 2002-2006: 463-464).

Y qué decir de la celebración de la Resurrección... en la Plaza de toros. «Yo no sé con qué derecho ha de llamarse cristiano un pueblo que no tiene otro modo de festejar la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo que yendo a la plaza a ver morir varios cuadrúpedos y a veces un bípedo que otro (VI: 2002-2006: 649).

Es inútil multiplicar las citas. Basta lo dicho para mostrar que la lucha de Leopoldo Alas fue constante y sin concesiones durante los veintiséis años de actuación pública en la prensa y en la obra de creación.

Todos sabemos que *La Regenta* es una acerba crítica de las costumbres clericales, pero esta crítica, fundamentalmente irónica (enseñar una cosa para que se vea lo contrario) en la narración clariniana, es mucho más eficaz por insidiosa que la que procede, en la prensa, de un enfrentamiento directo aunque sea con el arma de una ironía del discurso. Veamos un ejemplo sencillo: «El coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber

de alabar al Señor entre bostezo y bostezo» (Clarín: 1981 t.1: 137). Esos canónigos son venerables por ser canónigos, por la apariencia que les da la función, pero su comportamiento contradice esa «venerabilidad» de fachada: primero, se satisfacen de cumplir con su deber como meros funcionarios en lugar de la debida concentración piadosa impuesta por una auténtica relación con lo divino y además han cumplido, «entre bostezo y bostezo», con total aburrimiento. Del contraste entre como deberían portarse para merecer el calificativo de «venerables» y su comportamiento resalta el juicio implícito de falsedad, de hipocresía. La ironía desenmascara directamente, sin necesidad de comentario, la apariencia para que se imponga la realidad, y el contraste mueve a risa, o mejor a esa sonrisa que asoma cuando se pilla al que se cree escondido. En su obra maestra, Clarín es un maestro de la estética irónica. Las primeras palabras ya dan la pauta de lo que va a ser la pintura de Vetusta. «La heroica ciudad dormía la siesta (...). Vetusta, la muy noble y leal ciudad (...) hacía la digestión del cocido y de la olla podrida» (Clarín: 1981 t.1: 93). El contraste entre la nobleza pasada idealizada y la concreta vulgaridad del presente impone implícitamente la idea de decadencia, de degeneración.

El primer tomo de *La Regenta* fue leído, en 1884, como una novela de clave es decir que no lo fue como una obra de arte sino como un ataque disfrazado a personalidades *honradas* y a costumbres *respetables*. Como el ataque no se sitúa en el campo de las ideas, sino en el de la representación directa de los modos de vivir y de portarse, no puede abrirse un debate, la imagen se impone y ante ella no hay réplica de fondo que valga. Y como las conciencias petrificadas de los vetustenses no pueden volver sobre sí mismas y hacer muestra de espíritu crítico, solo les queda la invectiva para reaccionar (denuncia del obispo, véase más abajo) o el odio germinado de la impotencia del que se reconoce en la postura de lo pintado. Y ese odio enroscado en las viejas piedras de Oviedo escupió su veneno en toda la España católica y conservadora, donde, como se sabe, permaneció vivo y al acecho durante decenios y decenios después de la muerte de Leopoldo Alas.

Es que *La Regenta* y también, en cierta medida, *Su único hijo* pintan unos hombres y unas mujeres que- aparte algunas pocas excepciones como el obispo don Fortunato Camoirán- se dicen católicos cuando

viven como «ateos perfectos», porque han perdido el sentido trascendente de la existencia. Ejemplo de ello, elegido entre muchos, podría ser el aya de Ana Ozores, Doña Camila, de quien dice el narrador que «entendía el catolicismo como la geografía» y que nunca pudo sentir la dulzura de Jesús» (Clarín: 1981 t.1: 197). A propósito de la Misa del Gallo que ocupa un capítulo casi entero de la novela, la representación viva y minuciosa de la «fiesta» inmortaliza, entre ironía y denuncia directa, la profanación a que da lugar la celebración de tan sagrada ceremonia por unos vetustenses que se dicen católicos y se portan como paganos. Hasta tal punto que el mismo ateo «oficial» de Vetusta, don Pompeyo Guimarán, que se encuentra en la catedral por casualidad, pregunta al ver la poca religiosidad que reina en el templo: «¿En qué quedamos, es que ha nacido Cristo o es que ha resucitado el dios Pan?» (Clarín: 1981 t.1: 280).

Se comprende, desde luego, que como aludido atrás, Leopoldo Alas fuera objeto de despiadados y a veces *non santos* ataques de todos los *neos, mestizos*, carlistas, integristas que de una manera u otra, «escupieron» en lo que uno de ellos llamaba sus «nefandos escritos» (IX: 2002-2006: 1107-1110) y que fuera objeto de un odio pertinaz de las capas conservadores y levíticas de Vetusta-Oviedo. El primer tomo de *La Regenta* fue leído, como se ha dicho, como una novela de clave, como patentiza la fulminante denuncia del obispo de Oviedo, Fray Ramón Martínez Vigil, que acusa al autor de «salteador de honras ajenas» y lanza un anatema contra *La Regenta* («libro saturado de erotismo, de escarnio a las prácticas cristianas y de alusiones injuriosas a respetabilísimas personas») que va a grabarse en la mentalidad nacional del catolicismo oficial y es punto de arranque de un odio inveterado (véanse: Labra, Ricardo y Lissorgues Yvan-Botrel, Jean-François).

De hecho, el catedrático, primero de Derecho Romano y luego de Derecho Natural, activo reformador progresista, republicano proclamado, incansable denunciador del fariseísmo y de las hipocresías, viene a ser para los ultracatólicos un peligroso enemigo. Al respecto, merecen contrastarse las actitudes respectivas del obispo y de Leopoldo Alas. Pasado el tiempo, éste intenta, como buen cristiano, acercarse a su obispo que lo recibe con toda la unción episcopal, mientras que no pierde ocasión para denunciar solapadamente ante el Ministerio de Fomento por tal o cual cosa a su ya humilde feligrés

¡Autenticidad de hombría de bien contra inveterada hipocresía de un obispo político del bando del cacique Pidal!

Para subrayar la entereza de Clarín, no se debe olvidar que nuestro autor condena también a los librepensadores superficiales, los «capataces del libre pensamiento» como llama a ciertos intelectuales libertarios, los «positivistas de escalera abajo», porque todos hablan de religión y de cristianismo sin haber estudiado nunca «estas intrincadas materias» (X: 2002-2006: 560-563). Más generalmente, todos los que pretenden, como los positivistas, negar el misterio toman una falsa posición frente a la realidad, porque «sépallo o no, lo que más importa al hombre es lo que está detrás de lo que se ve» (Clarín: 1983: 15). Negar el misterio es tan solo cerrarse los ojos.

Así pues, Clarín atacado por los *neos*, para quien es un peligroso hereje y por «los libres pensadores de escalera abajo», que le tildan de cura, se encuentra cada vez más solo e incomprendido en la España de su tiempo.

*

¿A partir de que concepción religiosa emprende Clarín ese combate que le parece tan necesariamente vital?

«Esta Iglesia espiritualmente huera pero de organización formidable, solo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso». No, estas palabras no son de nuestro autor, sino de Antonio Machado (Machado: ¿1913?: 167), otro discípulo de Francisco Giner de los Ríos, por ambos llamado «queridísimo maestro» y «padre espiritual». Pero es significativo notar que Clarín había escrito explícitamente lo mismo veinte años antes: «Cuanto más religioso se sea (y yo no creo racional ningún modo de vivir, no siendo profundamente religioso) más repugnante es el espectáculo de estos míseros positivistas prácticos y vulgares apoderados de la cáscara vacía de una gran institución histórica» (X: 2002-2006: 535). En el poema «La saeta», confiesa Antonio Machado:

¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero
sino al que anduvo en el mar!
(Machado: 1962: 150)

Para Machado como para Clarín, hay que luchar contra la «madera» de la institución católica para liberar la savia de la verdadera espiritualidad.

Es de observar que si durante los años juveniles de militancia democrática, el periodista proclama con fuerza en las columnas de *El Solfeo* y *La Unión* que catolicismo y liberalismo son inconciliables, pasando los años se matiza su posición, porque, en fin, el catolicismo en sí, no es responsable de esa forma medieval que conserva todavía en España. La historia y la actualidad ofrecen varios ejemplos de católicos auténticos que han sabido reunir en santa armonía el pensar, el sentir y el obrar. Respeto y afección le inspiran Moreno Nieto, católico y conservador, pero que «quería armonizar, aquí en España, el ideal cristiano y la vida moderna» (V: 2002-2006: 845-848); el Padre Zeferino González y, sobre todo, el obispo Sanz y Forés. Este último fue uno de los maestros de su alma juvenil, despertó en él «la emoción religiosa, sobre todo la de caridad» (IV: 2003: 364). Al Don Benito Sanz y Forés de la adolescencia, el novelista Leopoldo Alas le da vida literaria en el obispo de Vetusta, Fortunato Camoirán, que cuando predicaba «llamas de amor místico subían de su corazón a su cerebro, y el púlpito se convertía en un pebete de poesía religiosa cuyos perfumes inundaban el templo» (Clarín: 1981 t.1: 443). Los dogmas, los preceptos no impedían en Fortunato el libre vuelo del alma hacia el bien y hacia la pureza espiritual. En efecto,

El catolicismo, cuando no es sinónimo de reacción, de imposición doctrinal y política, de intransigencia y ceguera en la polémica, es una de tantas hipótesis sociales, filosóficas y artísticas que lucha legítimamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados de veras (IV: 2003: 1990-2006).

La cita anterior revela que, para Clarín, el catolicismo no es la verdad absoluta, es tan solo «una hipótesis» que se debe acatar porque es un ingente esfuerzo del espíritu humano para liberar al hombre de la materia. El cristianismo es «la santa idealidad humana en busca de lo divino» (VIII: 2002-2006: 613-617). Esta concepción abierta de la búsqueda de lo divino tiene como base la doctrina y el ejemplo de Jesús, cuya personalidad y voz «es algo único en la historia» (IV: 2003: 1612-1613) muestra que la enseñanza de Francisco

Giner permanece viva en el espíritu de nuestro autor, cuyo pensamiento se enriquece, a partir de 1890, con toda la reflexión filosófica y metafísica europea del último cuarto de siglo XIX. Las obras de Carlyle (a quien descubre solo en 1892), de Renan, Tolstoi, Renouvier, Boutroux, Strauss, Africano Spir, Bergson -filósofos que, de una manera u otra, contribuyen al renacimiento del espiritualismo- son sus lecturas predilectas. La influencia de Renan fue particularmente importante, pero parece que el autor de *La vida de Jesús* (1836) fue más el catalizador de una reflexión personal ya muy madura que un verdadero descubrimiento.

Lo que a primera vista se impone es el carácter antidogmático de un espíritu que, por lo demás, desconfía de cualquier sistema y no vacila en rechazar ciertas afirmaciones que se encuentran en los libros sagrados. Hace decir a Bonifacio Reyes, el protagonista de *Su único hijo*, que hay en la *Biblia* cosas que no se pueden tragar, como «el pecado que pasa de padres a hijos» o aquel «Josué parando el sol... en vez de parar la tierra» (IV: 2003: 622). En un artículo habla del «infierno inventado para los rojos» (Clarín: 1979: 231); en otros, evoca el purgatorio o la cuestión (para él tan preocupante y nunca resuelta) de la divinidad de Cristo (Arbolea: 1976: 49-50). En 1889, en una carta a Emilia Pardo Bazán afirma que «Jesús no puede ser Dios, porque eso es una atrocidad», pero añade, impulsado sin lugar a dudas, por David Frederic Straus y sobre todo Ernest Renan, que «mi gusto sería tener bastante dinero para poder dedicar mi vida a escribir un libro demostrando que Jesús será el eterno consuelo espiritual de los buenos corazones: una imagen *virtual* en la historia de los espejos ideales del porvenir» (Bravo Villasante: 1973: 129). Sobre este punto, el de la no divinidad de Cristo, comparte totalmente la posición de Ernest Renan y de David Frederic Strauss. El dogma es invención humana, a veces irrisoria, pero en todo caso no es palabra revelada. Por eso, confiesa Clarín, en 1889, que «en conciencia no puede llamarse católico» (VII: 2002-2006: 919). Para él, en efecto, «El espíritu religioso es una tendencia, un punto de vista, casi pudiera decirse una digna postura, la postración ante el misterio sagrado y poético; no es, como creen muchos, ante todo una solución concreta, cerrada, exclusiva» (IV: 2003: 1787-1790).

Pero este carácter abierto de la religiosidad de Clarín es todo lo contrario del *diletantismo* religioso de moda en ciertos sectores del

decadentismo europeo finisecular. Para quien en sus meditaciones «de cada tres horas dedica por los menos dos a estas grandes cuestiones» (Arboleya: 1976: 50), la preocupación espiritual es algo fundamental, esencial, tanto más que debe conducir a la constante búsqueda del bien, o sea, a la armonía entre el pensar y el obrar, que es la base de la autenticidad humana.

Esta religiosidad, libre de trabas dogmáticas, solo reconoce principios superiores, como la caridad, la bondad, el amor al prójimo, sentidos y vividos en su dimensión trascendente. El amor a Dios es, primero, amor al bien y, desde luego, amor a los hombres, a todos los hombres. La primera manifestación del amor a los demás es la tolerancia.

Por eso (y es tan solo un ejemplo), considera que, a pesar del abismo que le separa del marxismo, es «casi un ideal» para él «departir con los obreros socialistas» para escucharlos e intentar comprenderlos, pero también para «atraerlos al aspecto moral y religioso de la cuestión social» (IX: 2002-2006: 1156-1158), para que un día, «al llamarnos todos *hermanos* podamos hacerlo racionalmente, es decir, sabiendo que existe un padre, un dios o una madre, una *Idea* (VII: 2002-2006: 1035-1040). Lo mismo dirá Antonio Machado, en 1918, «La fraternidad es amor al prójimo, por amor al padre común» (Machado: 1957: 178). Para que la palabra cordial tenga su verdadero sentido, su sentido esencial, es preciso que cada corazón se sienta en relación directa con lo divino para que se establezca esa trascendencia horizontal en que comulguen todos los hombres. Desde luego, las revoluciones, las desde arriba como las desde abajo, pueden ser necesarias como mutaciones históricas, pero el verdadero problema permanecerá planteado mientras el hombre cada hombre, no se encamine hacia su propia mejora interior.

A pesar de la aberración moral en que viven los hombres, cuya humanidad parece disuelta en esos falsos motores de la sociedad que son la codicia, la envidia, la corrupción, la lujuria... , queda la esperanza. Tanto en el triste mundo de Vetusta como en la repugnante humanidad pintada en *Su único hijo* permanece la lucecita del bien -o sea de la autenticidad humana, arrinconada, pero siempre presente, representada por el bueno de Don Fortunato Camoirán o por el patético -o ridículo, según como se mire- Bonifacio Reyes. El frágil símbolo que vienen a ser los dos personajes autoriza, parece sugerir Clarín, cierta esperanza en el mejoramiento del hombre.

Y, si bien se mira, como afirma nuestro autor, el *camino de perfección* de la humanidad lo enseña el cristianismo, el verdadero, el de los orígenes: «Jesús, al decir que su reino no es de este mundo, abandona la coacción, el poder exterior, mecánico, político y va a la conquista de la sociedad por el único camino seguro, por la perfección de las almas» (IV: 2003: 2000).

Bibliografía

ALAS, Leopoldo, Clarín. (2002-2006). *Artículos*. Edición de Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues, seis volúmenes de *Obras completas* (V, VI, VII, VIII, IX, X). Oviedo. Editorial Nobel.

----- (2003). *Crítica*. Edición de Laureano Bonet, tomo IV (dos tomos) de *Obras completas*. O.C.

----- (1983). «Introducción a Thomas Carlyle». *Los Héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia*. Traducción de don Julián Orbón, prólogo de don Emilio Castelar. Madrid, Manuel Fernández Lasanta. 2 tomos.

----- (2003). *Un discurso, Folleto Literario, VIII. Obras completas*, O.C., tomo IV (2), 1488-1536.

----- (1981). *La Regenta*. Edición de Gonzalo Sobejano. Madrid. Castalia, dos tomos.

----- (1979). *Su único hijo*. Edición de Carolyn Richmond. Madrid. Espasa-Calpe.

ARBOLEYA, Maximiliano. (1976). «Alma religiosa de “Clarín”». *Leopoldo Alas, «Clarín»*. José María Martínez Cachero (ed.). Madrid. Taurus. 43-59.

BLANQUAT, Josette. (1961). «La sensibilité religieuse de “Clarín”. Reflets de Goethe et de Leopardi». *Revue de Littérature Comparée* n°2 avril-juin. Paris.77-196.

BRAVO-VILLASANTE, Carmen. (1973). «Carta de Clarín a doña Emilia Pardo Bazán». *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid. Magisterio Español. 128-130.

FILLIÈRE, Carole. (2011). *L'esthétique ironique de Leopoldo Alas, Clarín*. Madrid. Casa de Velázquez.

GÓMEZ-SANTOS, Mariano. (1951). «La religiosidad de Leopoldo Alas», dos cartas inéditas de «Clarín». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XIII. 240-244.

LABRA, Ricardo. (2021). *El caso Alas Clarín. La memoria y el canon literario*. Epílogo 1: Jean-François Botrel, «Ironía y poder de la Historia». Epílogo 2, Leopoldo Tolivar Alas «¿Caso particular o causa general contra una ciudad?». Oviedo. Luna de Abajo.

LISSORGUES Yvan. (1983). *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas «Clarín»*. Paris. Éditions du CNRS.

----- (1996). *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, «Clarín»*. Oviedo. Grupo Editorial Asturiano.

----- (Junio 1984) «La autenticidad religiosa de Leopoldo Alas». Madrid. *Ínsula*. N° 451.

----- (1987). «Heterodoxia y religiosidad: Clarín, Machado y Unamuno». *Cuadernos Hispano-Americanos*. N° 440-444. 237-250.

----- (2008). «Jesús y los Evangelios en el debate religioso, literario y social en España a finales del siglo XIX». *Hommage à Francis Cerdan*. Françoise Cazal (ed.). Toulouse. CNRS-Université de Toulouse le Mirail, collection *Méridiennes*. 537-549.

----- (2000). «La filosofía del Institucionismo en el pensamiento y en la obra de Leopoldo Alas (1875-1901). Clarín y el «grupo de Oviedo». *Institucionismo y reforma social*. Jorge Uría (coord.). Madrid. Ágora, Talasa ediciones. 87-213.

----- y Jean-François BOTREL. (2022). *LEOPOLDO ALAS, La Régente, et l'ÉVÊQUE*. Edición numerada de 1 a 100. Rennes. Imprenta Kennedy Photocopie.

MACHADO, Antonio. (1957). «Cartas a Unamuno». *Los Complementarios*. Buenos Aires. Losada. 158-187.

----- (1962) *Poesía*. Buenos Aires. Losada.

PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco. (1975). *El problema religioso en la generación de 1868 (Valera, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós, «Clarín», Pardo Bazán)*. Madrid. Taurus.

RENAN, Ernest. (1863) *La vie de Jésus*. Paris. Michel Lévy.

RUIZ GONZÁLEZ, David. (1968). *El Movimiento obrero en Asturias: de la industrialización a la segunda República*. Oviedo. Amigos de Asturias.

SELA Aniceto. (1900). *Extensión Universitaria. Universidad de Oviedo, Memorias correspondientes a los cursos de 1898-1901*. Madrid. Victoriano Suárez.

STRAUSS, David, Frédéric. (1839). *Vie de Jésus ou examen critique de son histoire*. Traduction de l'allemand par M.E. Littré. 4 volúmenes. Paris. Librairie Ladrangé.